

EL ABSOLUTO

Daniel Guebel

1

Unos meses antes de celebrarse el centésimo aniversario de sus nacimientos, el Círculo Scriabiniano-Deliuskiano de Buenos Aires encargó a Américo Rabbione (artista más prolífico que talentoso) la realización de una escultura en homenaje a mi tío y a mi padre. El día de la inauguración me sorprendió la brevedad del lienzo que la cubría: de acuerdo al proyecto original, entre la base de mármol negro y las cabezas de bronce debía existir una distancia de ocho metros. El resultado final habría hecho sonreír a mi padre. “La mayoría de los aficionados creen que la música terminó con Wagner”, me dijo cierta vez. Cuando el vicepresidente del Círculo pegó el tirón al manto para descubrir la estatua que juntaba a los hermanos, vi un aleteo blanco, el brillo mortecino de la placa recordatoria y la opacidad de las dos toscas figuras fundidas en un abrazo de bloques de cemento encofrado.

“Si ese mamarracho cubista los representa”, pensé, “ya no existe diferencia entre el homenaje y el insulto”.

A la semana, los graciosos anónimos de siempre habían mejorado el monumento con una serie de leyendas y decoraciones multicolores pintadas con aerosol —frases puercas, flores ágrafas, estrellas polimorfas. Y como habían arrancado la placa para venderla por su valor en peso, ahora ya no hay signo que exalte las obras y las vidas de Alexander Scriabin y de Sebastián Deliuskin.

No voy a entrar por el momento en el tema de la diferencia del apellido. De Alexander Scriabin, mi tío, quizá más que de cualquier otro músico, puede decirse que durante la primera mitad de su vida buscó el mundo. Realizó extensos viajes, vivió de manera a veces audaz, otras atolondrada; si en esa primera mitad su espíritu fue expansivo y derivativo, en la segunda, la final, en un movimiento sólo aparentemente contradictorio pero de pareja intensidad, y con el mundo ya encontrado, buscó transformarlo mediante sus propios recursos; en esa tarea, de manera dramática y desesperada, concibió primero el elemento precursor de la transformación total (el acorde místico), y luego, con su célebre composición *Mysterium*, intentó poner toda su potencia en funcionamiento hasta transformar el rumbo del Universo entero. De Sebastián Deliuskin, mi padre, puede decirse que aun cuando vivió a la distancia (y a la sombra) de aquella explosión musical, debido a un cúmulo de circunstancias inesperadas tuvo que pasar el resto de su existencia tratando de recuperar los restos, girando en los vientos de la dispersión, juntando las piezas de la hecatombe. No es excepcional que esto les sucediera a uno y otro, ni que la deflagración asumiera un estilo particular. Alexander Scriabin falleció demasiado temprano y estaba demasiado lejos de nosotros como para que pudiéramos hacer algo por él; yo era apenas una niña. En cuanto a mi padre, los médicos que consulté hablaron de un proceso neurofisiológico que produce efectos degenerativos en las células del cerebro; cinco siglos atrás, curanderos y sacerdotes habrían recurrido al argumento de la posesión diabólica.

La explicación es más simple: en nuestra familia de locos pagamos el precio de la demencia para ascender a los cielos del genio.

Si uno remonta el árbol genealógico de las caracteropatías, antes de llegar al Adán común se encuentra con nuestro verdadero precursor, mi tatarabuelo Frantisek Deliuskin. Su padre, Vladimir, típico representante del espíritu aventurero que hace un par de siglos distinguía al alma rusa, fue un comerciante de cueros de reno que vio la oportunidad de hacer fortuna, cambió de rubro y se puso a trabajar para los distintos Museos de la Europa civilizada, vendiéndoles esqueletos de mamut que obtenía mediante el simple expediente de arrojar cargas de dinamita al fondo de los lagos de la estepa siberiana (desde el Baikal hasta el Kosovskoye). La violencia de la explosión desprendía del lecho rocoso los bloques de hielo antiguo en los que se conservan estas bestias prehistóricas, de modo que una serie de intentos bien concertados arrojaba por resultado la emersión de dos, tres y hasta cinco masas con su contenido intacto; después, sin temer la posible venganza que pudiera desprenderse de la alteración del reposo de aquellos monstruos que se traslucían bajo el hielo azul centelleante (un ojo trémulo temblando en la agonía, un colmillo de más de cinco metros, los pelos erizados), Vladimir “pescaba” los grandes bloques con arpones, gracias a un ingenioso sistema de palancas, sogas y poleas los arrastraba hasta la orilla, dejaba que la base del hielo se solidificara de nuevo sobre la superficie del lago, y luego procedía a picar aquellos icebergs con carozo; tenía una ventaja sobre cualquier escultor (o sobre cualquier artista verdadero), y era que en su objeto la forma venía dada de antemano. Una vez que el mamut congelado perdía su envoltorio, Vladimir lo descarnaba hasta llegar al hueso. Por supuesto, ese método de obtención de osamentas destrozó más mamuts de los que rescató para la ciencia. Pero eran épocas de abundancia y a nadie le importaba el derroche...

En su momento, el padre trató de interesar al hijo en las técnicas de la paleontología subacuática; fue inútil. A Frantisek el tiempo no se le pasaba nunca durante aquellas excursiones, el paisaje le parecía de una monotonía infinita, una extensión carente de delicadeza, los pies se le enfriaban y un mamut era un mamut era un mamut, aunque surgiera repentinamente de entre las aguas como un borbotón ebrio, una tambaleante diadema de belleza helada. Permanecía ausente, azotando ociosamente el látigo de cuero trenzado (knutt) que por motivos de elegancia llevaba contra la pernera del pantalón, estornudaba, imploraba por una gripe salvadora, soñaba con huir a cálidos países lejanos.

Cuando Vladimir llegó a la desdichada conclusión de que su heredero no estaba hecho para el comercio ni para la pesca en profundidades, le compró unas verstas de campo en las cercanías de Vladivostok, a las que sólo se accedía navegando Vístula arriba y adentrándose luego en el brazo retorcido de un río tributario. ¿Qué había allí? Mujiks, territorio selvático, plantaciones de naranjas, ganado vacuno. El lugar estaba ocupado desde hacía más de cien años por una tribu de gitanos, los más negruzcos entre los hindúes. La temperatura corporal promedio de esta población — superior en más de un grado y medio a la del resto de la humanidad— había generado un microclima, una especie de refugio subtropical. Frantisek inmediatamente sucumbió al hechizo del entorno. En lugar de cuidar de sus intereses consagró el tiempo a la lectura, a la contemplación de la naturaleza y a pasear en bote con los gitanos, que le adivinaban gratis la suerte o le robaban descaradamente, de acuerdo a las variaciones de ánimo. A veces pasaba las noches

en las tiendas de esos amigos, escuchando sus melopeas y presenciando sus bailes. En ocasiones remontaban el río siguiendo a los salmones. Lánguidamente, desidiosamente, el nuevo propietario dejó que sus cosechas de naranjas se pudrieran en los árboles y se esparcieran sobre la tierra. El resplandor de las frutas se divisaba a la distancia, como fosforescencia de fantasmas. Durante un tiempo escandalizó a los popes de la Iglesia Ortodoxa de Irkutsk (el poblado cercano a su propiedad) cantando en el coro de una sinagoga, excitado por la visión de las curvas de las askenazis ocultas tras ropas amplias.

Por entonces, las sucesivas derrotas de los ejércitos de Rusia a manos de algunos de los enemigos históricos del país arruinaron la cotización internacional del rublo; como Vladimir cobraba la exportación de esqueletos antediluvianos en monedas europeas de valor constante, enriqueció de la noche a la mañana. Frantisek vio su oportunidad; seis meses antes había conocido a Volodia Dutchansky, un organista que pasaba por una situación económica desesperada. Inicialmente, menos por interés que por piedad, lo contrató para que le impartiera nociones elementales de contrapunto y armonía. En un mes aprendió todo lo que Volodia podía enseñarle, y luego de otro habría podido darle clases a su maestro. Para interrumpir esa actividad que ya se le antojaba superflua, asignó un sueldo al organista a cambio de que se desempeñara como remero de su barca. Además, le dictó una carta dirigida a su padre y en la que con la firma del otro ponía por las nubes sus propias virtudes musicales (“El universo no ha asistido a una eclosión de talento semejante desde los tiempos de Bach, Pachelbel, Haydn y Albinoni”, etcétera), con el propósito de obtener un estipendio lo bastante generoso para poder dedicarse a la música sin preocupaciones de orden terreno.

El artilugio dio resultado. Vladimir, sorprendido por esa exaltación repentina de los méritos de un hijo que siempre le había parecido un inútil y cuyo futuro se le antojaba incierto, sintió que por sus venas circulaba renovado el orgullo de la sangre y se ocupó de asignarle una renta anual.

En honor a mi tatarabuelo, hay que decir que durante un tiempo se abocó a estudiar el arte de la composición, y hasta ocupó el puesto de maestro de música en la escuela de niñas de Irkutsk. Rápidamente se convirtió en una pieza preciosa en el complejo ajedrez de las relaciones sociales del poblado; se lo disputaban los hacendados rurales del lugar, buscaban convencerlo de que brindara lecciones de armonio a sus esposas. Esa intención, risible en sujetos que apenas podían cantar “Volga Volga”, se explica por la equívoca ilusión de ascenso social que proporciona el ejercicio del arte. Y como estos kulaks querían refinarse sin esfuerzo, a todos se les había ocurrido que esa tarea les correspondía a sus mujeres; como es lógico, en la concepción de esa idea —un fenómeno colectivo— habían colaborado las propias interesadas. “A todos nos encantaba este modesto joven tan bien educado. Mi marido se convenció muy pronto de su virtuosismo”, lo recomienda a su amiga una de las primeras y más agraciadas alumnas de Frantisek. Y agrega: “...especialmente por la calidad cromática de sus improvisaciones, que parecían violar las leyes conocidas de la armonía. Recuerdo que yo me quedaba en trance cuando el maestro tocaba, a menudo no podía menos que pensar: ‘lleva la música en el alma’”.

Las clases de Frantisek fueron un éxito; sobre todo de alcoba. En el cotejo entre el sueño y la realidad de estas mujeres (el sueño era el “modesto joven bien educado”, un precursor de Chopin de largos dedos delicados y entrenados para el deleite, y la

realidad los agitados y breves embates fronto ventrales o decúbito dorsales que ofrecían sus gordos maridos de barbas grasientas), el segundo término de la comparación se desvanecía irreparablemente.

El suceso de Frantisek, su arrebatadora apoteosis sexual —que él había esperado menos que nadie—, no fue, como lo cantaran tantas deliciosas páginas de la literatura rusa, un suceso frívolo que culminó de manera trágica (coito, desafío, duelo, disparo). La discreción de las damas irkutskianas hizo su parte, por lo que no hubo que lamentar desgracia alguna. La carrera de amante clandestino equivalió para Frantisek a un breve despertar. Necio es aquel que postula en el juego de la carne una satisfacción del deseo y no su incremento. Aunque desde el momento mismo de su debut en esos menesteres mi tatarabuelo había demostrado un talento, una versatilidad, una resistencia, una fogosidad y una capacidad de recuperación que superaban largamente el promedio, lo cierto es que su entrega al goce de estas aventuras clandestinas no estaba determinado por el frenesí propio del descubrimiento sino que secretamente era regulado por un severo y hasta ascético principio de indagación que más tarde se revelaría como criterio compositivo. En efecto: la variedad de camas, edredones, almohadas, pisos, pieles, olores, alientos y cuerpos que conoció en estas excursiones, lo llevaron a emprender una rigurosa tarea de reorganización de las prioridades de sus sentidos.

Del estado de sus preocupaciones de aquella época, da cuenta la siguiente conversación (o monólogo), que mantuvo con Dutchansky a bordo de su barca, en un paseo por el Vístula. El ambiente: Dutchansky rema cansino sobre un río quieto, las palas de sus remos se hunden en una aglomeración de algas, un mar de sargazos en miniatura. Frantisek se tuesta al sol, la camisa abierta, recostado sobre almohadones, mientras mordisquea una manzana roja. Zumban abejas, brillan líquenes. Sol, arriba, amarillo.

—¿Estoy viejo? —dice—. ¿O he llegado al límite último de la experiencia?

La paleta del remo izquierdo golpea sobre la zona más intrincada de un camalote, le revienta la cabeza a un sapo.

—¿Dijiste algo, Volodia? —pregunta. Dutchansky niega, Frantisek sigue—: No tengo voluntad de transformar el recuerdo de mis primeros coitos en una especie de Paraíso Perdido, pero ahora que ya poseo alguna clase de saber respecto de las modulaciones de mis amantes, confieso que el asunto comienza a parecerme un poco... —Frantisek no encuentra la palabra justa, así que Dutchansky interviene:

—¿Cómo se verificó esta incorporación de conocimientos? —pregunta.

—¡Oh! —Frantisek suelta lánguido el cabo de manzana. A cambio del “plop” del choque de ese resto contra el agua, se escucha el digestivo “gluck” de un salmónido oportuno—: Obviamente, no soy tan estúpido. Durante la repetición de una serie de técnicas de estimulación erótica realizadas a lo largo de mi rutina de encuentros clandestinos, pude verificar que si yo producía una serie de posiciones y de ritmos pélvicos de tempo idéntico, en cada una de mis partenaires se determinaba una serie de respuestas también iguales.

—¿Un poco aburrido? —completa Dutchansky—. ¿Has llegado a la conclusión de que el sexo es esencialmente monótono?

—Esa sería la conclusión necesaria para una mente distinta de la mía —suspira Frantisek, sintiéndose otra vez incomprendido—: En mi caso, esa comprobación me sirvió para aceptar la evidencia de que cada instrumento femenino posee cualidades tímbricas particulares, que, una vez analizadas con detención y voluntad de suma, pueden leerse como un “tema”, en el sentido musical del término.

Para disimular la satisfacción que le produce el descubrimiento de su ex alumno, Dutchansky aprovecha el movimiento de remada y oculta el rostro bajo una axila.

—Pareces una gorda oliendo cebolla —sonríe Frantisek.

—¿Un tema? —dice Dutchansky.

—Sí. La totalidad de las reacciones percibidas en el coito y sus preliminares constituye ese tema.

—¿Y no hay posibilidad de variación?

—Claro —se fastidia Frantisek, que ya quiere hablar de otra cosa—. En condiciones experimentales, modificando muchísimo las piruetas, es factible extraer una variación de cada una de mis acompañantes, pero el esfuerzo excede los resultados. El problema es que bajo esa forma de trabajo, nunca podré lograr una partitura cualquiera, ¡mucho menos una composición de largo alcance!

Dutchansky, que conoce el arte de suspender una conversación para que un problema estimulante no degrade a charla ociosa, alza la cabeza, mira unas primorosas nubes agrupadas con gracia casual, y dice:

—Qué lástima. Están cayendo las primeras gotas.

Por supuesto, es una noticia falsa.

—Volvamos —bufa Frantisek—. Lo único que me falta ahora es enfermarme.

Y regresaron a la casa bordeando la orilla, deslizándose a través de la lluvia de monedas de oro que dejaba pasar la enramada de sauces.

La interrupción hizo estilo. Tras el paseo, mi tatarabuelo pasó una noche de insomnio febril, de concentración en su problema. A la madrugada había llegado a las siguientes conclusiones, que anotó en su Diario:

“1) Cada cuerpo de mujer en coito es lo contrario de una página en blanco. Las manifestaciones sensibles del deseo ya vienen escritas en ellas, incluso con su sistema de posibilidades combinatorias.

“2) El esperable efecto de un mayor desarrollo melódico y armónico y una paleta orquestal más rica y variada no se logra con un trabajo intensivo sobre un cuerpo en particular; pensar lo opuesto es vanidad de primerizo.

“3) La variedad de registros sólo se logra de manera muy primitiva y grosera con la técnica empleada hasta el momento (enlace arbitrario y sucesivo de una y otra mujer en una presurosa travesía de cama en cama). Esto porque, sumando de a tres o cuatro mujeres en un día compositivamente útil, se pueden producir básicos efectos de complementariedad o de contraste (rubias contrapuestas a morochas, silenciosas a gritonas, etcétera).

“4, y resumiendo) ¿Cómo encarar obras semejantes a las que arden en mi imaginación? No alcanza con trazar invisibles nexos entre esos arpegios fugitivos (las mujeres casadas): debo reunir y tener a mi completa disposición a todos los elementos de un repertorio”.

Como la situación económica de su padre había reducido al mínimo sus dificultades de orden material, a Frantisek le resultó sencillo convertir su mansión en una especie de falansterio donde un número de entre veinte y treinta mujeres magníficamente remuneradas se sometían a sus investigaciones. Sin saberlo, Frantisek era un decidido antisádico. En su experimentación excluyó de antemano toda clase de violencia, actos denigratorios, hábitos de mal gusto y prácticas excesivas que lo desviarán de su propósito de carácter hedónico y celebratorio de las alegrías de la vida. Las ropas eran de materiales livianos y suaves, de esos que se imantan con el roce; los alimentos se servían en vajilla de la mejor calidad y estaban dispuestos de manera que agradaran la vista y el olfato. Todas las mañanas y las tardes, cubierto por las prendas de Sumo Sacerdote de algún culto fantástico que le obsequiara un amigo vestuarista del Teatro de Krasnoiark, Frantisek se presentaba en el ámbito recoleto del salón mayor (tapiadas las ventanas, tapizadas las paredes con terciopelo rojo, de lino y seda las sábanas). Y aunque en el preciso ritual que había organizado para su sistema de coitos compositivos esas prendas eran casi lo primero que mi tatarabuelo perdía, el impulso a la profanación que generaban tales hábitos estimulaba a sus “instrumentos” femeninos, de modo que en aquellos encuentros siempre flotaba el espíritu de algún elemento aleatorio. En el peor de los casos, podía tratarse de una ráfaga de melancolía, un viento de otro mundo que envolvía a Frantisek en medio de su aquelarre. Pero por lo general se debía a un imponderable, el deleite transportando a alguna mujer... No vamos a entrar en detalles. Pero fundamentalmente Frantisek se atenía a su esquema, que él definía como un “programa”. Convencido de que lo simple precedía a lo complejo, empezaba sus rituales de manera sencillísima, dedicándose a una por vez...

Conocida ya la facultad de cada mujer para constituirse en tema por pura repetición (los límites personales de la capacidad amatoria), Frantisek decidió investigar si podía organizar esos temas en una sucesión melódica. Su método fue, de tan obvio, hasta cómico. Durante su asistencia a un espectáculo de music hall había concebido ciertas fantasías tanto estéticas como sensuales en la simétrica revelación de una hilera de calzones de las bailarinas francesas, así que decidió alinear en fila a sus partenaires, cadera apretada contra cadera, las cinturas quebradas, las espaldas rígidas como tablas, las manos apoyándose en las rodillas, los pechos colgantes. Un fragmento de su Diario: “...A veces iba por la primera de la fila de veinte, empezando por la izquierda, y una vez arrancado el maximum de goce del instrumento elegido, me iba desplazando en orden de vecindad, hasta llegar al término de la fila. Pero otras veces comenzaba por la tercera de la hilera, pasaba a una quinta, y luego a una séptima, dejando a todas en medio de la escalada de excitación, para, de golpe y sin aviso, repetir el procedimiento con una de aquellas que, creyendo haber perdido su oportunidad, empezaba a sentir que se agostaban los elixires de su estremecimiento”.

Mi tatarabuelo bautizó al procedimiento como “técnica de ejecución del xilofón”, pero no se demoró en ella sino unos días. Interesado en las riquezas que podía proporcionarle el desarrollo de dos temas discurrendo en paralelo, se aplicó a

evaluarlo mediante el empleo de dos mujeres ejecutadas en el mismo lecho. Los resultados parecen haber sido promisorios pero insuficientes, porque muy pronto aumentó el número de mujeres empleadas; como ya no prevalecía el concepto de sucesión sino el de la simultaneidad, esas aparentes bacanales en realidad concluían siendo un trabajo de experimentación tan agotador como exhaustivo.

“La polifonía de voces cantando cosas diferentes al mismo tiempo, eso es lo que me interesa. Es como vivir en un cielo terso de olores y pieles y gemidos”, escribe. Pronto, no obstante, su entusiasmo empezó a empañarse. La multiplicidad le resultaba abrumadora. Si cada sistema sensible forma su propia gama cromática y se constituye en una larga melodía por derecho propio, y a su vez la superposición produce un sistema polifónico, a la larga su intento por llegar a un total conceptual del proceso armónico debía entrar en crisis por imposibilidad de un total de percepción, ya no sólo de producción musical y de notación. Para no hablar de los propios límites del cuerpo. Así, luego de ese recorrido, Frantisek había vuelto al principio, y ya no sabía si estaba volviéndose un compositor fabuloso, un pobre ejecutante de improvisaciones banales, o un triste degenerado. El sistema se había revelado falto de sistema.

La crisis es total y Frantisek decide cerrar el falansterio. Como buen manirroto que no piensa en su futuro, al despedir a sus mujeres-instrumentos las indemniza con sumas que están a la altura del descontrol de un rey. Algunas aprovechan esos dineros para poner fondas, tiendas de modista, casas de pensión, villas de amor y hasta comercios de artículos musicales.

Una vez vacía su morada, Frantisek se cubre melancólicamente con los ropajes de la soledad. Su ritmo de vida se vuelve irregular, ya no respeta los horarios de sueño y de comidas; se pasa las horas contemplando con mirada ausente los tómulos de ceniza fría en la chimenea, los progresos de la humedad en las paredes de su hogar. No contesta cuando le hablan, o lo hace con demoras imposibles, respondiendo a cuestiones que no le han sido formuladas. La compañía humana le molesta, pero en ocasiones, un comentario o un gesto cualquiera lo conmueven hasta el llanto y termina abrazado (por ejemplo) a la cocinera. Sufre accesos de misticismo, aunque no deja ver cuál es su objeto devocional; se entrega a un confuso panteísmo que torna divino un jarrón, un vaso de agua, la rama rota de un alerce, un par de medias sucias, una pinza de depilar, una Biblia, un fuego encendido, un grillo de jade guardado en una caja de ébano.

De aquel período son las anotaciones más emotivas de su Diario, aquellas donde, perdida ya toda reserva, deja traslucir su personalidad. Escribe: “No se me escapan las miradas de mi prójimo, que por reflejo vuelven aterradora la idea acerca de mi propio estado mental. Por las mañanas despierto y escucho ‘ti-tú, ti-tú’ (agudo, grave, agudo, grave), el canto irreal de un pájaro imaginario. Por las noches, el lecho no me procura descanso porque en los recovecos de mi cerebro se agazapan murmurando idioteces los monstruos del sueño”.

Frívolo, serio, frívolo, serio, mi tatarabuelo especula durante un tiempo con poner fin a su vida. Está convencido de la necesidad de hacerlo, pero lo demora el temor a la fealdad de la mutilación. Para disimular esa muestra de íntima cobardía de rango estético, y sin nada en particular que hacer, abraza la causa del despojamiento. Subsiste penosamente; duerme abrazado a una oveja sarnosa, reparte su comida

entre los pobres, se vuelve un San Francisco obsesional. Sin embargo, hay en su actitud un resto de soberbia esperanza, la lujuria de la contrición. Dice: “Quiero que me olviden”, en la vanidosa creencia de que ha hecho algo por lo que se lo puede recordar. Al fin, debe reconocer que toda su aparatosa tournée por los territorios de la humildad de espíritu no lo protege del riesgo de estar a punto de convertirse en un resentido, es decir, de admitir que ha fracasado.

Un día se entera de la existencia de Afasia Atanasief, un sanador milagrero de Murmansk, una pequeña localidad costera del Mar de Barents. Para verlo hay que cruzar toda Rusia a lo ancho, una tarea para desesperados; por lo tanto, perfecta para él. La idea misma de la enfermedad es intrínsecamente optimista, porque supone la existencia de su par solidario, la curación. Apenas se decide a atravesar las distancias, Frantisek mejora su ánimo, con lo que automáticamente vuelve superfluo el cumplimiento de su objetivo. Sin embargo, como la fantasía del viaje lo estimula, escribe una larga carta al sanador, donde le explica al dedillo toda la dramática de su existencia; por respuesta, recibe un telegrama con una sola palabra: “Venga”.

Frantisek hace los arreglos pertinentes (Dutchansky queda a cargo de la propiedad) y parte.

2

La rusticidad del viaje lo distrajo un poco de sus pensamientos obsesivos. Los perros siberianos que tiraban del trineo ladraban armónicamente, escandían su esfuerzo arrojando al aire pequeñas burbujas de aliento condensado, espuma y baba. Envuelto en pieles de marta cibelina, Frantisek se adormecía con los gritos del conductor o despertaba con los saltos del vehículo. Aquello era como un regreso espacial a su pasado, cuando debía permanecer días enteros de pie junto a su padre, fingiendo interés mientras éste se ocupaba de extraer sus peludas joyas del fondo de los lagos, sólo que en esta ocasión el recorrido era de superficie; incluso, según sus cálculos, en algún momento habría de pasar a pocos kilómetros de donde Vladimir dejaba transcurrir sus últimos días de explorador y magnate. Una hermosa oportunidad para esquivar el encuentro. Pero Frantisek era demasiado sensible al cálido resplandor de la palabra “familia”, que en su corazón evocaba un sentimiento de pertenencia no experimentado fuera del lenguaje, de modo que, cuando su trineo estaba a punto de dar un rodeo para esquivar la localidad de Lubianka, cambió de opinión y decidió hacer la visita al padre.

En aquella época, Lubianka era poco más que el suburbio deshilachado de un centro que no estaba en ninguna parte. De haber querido tomar algún alimento y descanso en su tránsito hacia Moscú, las tropas enemigas nunca se habrían detenido allí. Las pocas estructuras edilicias que superaban el nivel promedio de la choza todavía conservaban la vaca en la cocina y el piso de tierra hollado por el chanco; pero el paisaje, a la distancia, contemplado preferentemente desde las alturas del cerro Suiski, invitaba a la ensoñación: serpenteantes centelleos del río Ubsk, bobas rocas brillan de mica, ariscos pinos cosquillean el cielo, un pequeño travieso que roba huevos en las chacras, la bala de un propietario alborotando al gallinero.

Entre esa miseria turística sobresalía, en las afueras del pueblo, la propiedad de Vladimir Deliuskin. Su distinción radicaba menos en la suntuosidad de la casa que en la diferencia de volúmenes entre la zona de residencia y el área de trabajo. Luego de que su capacidad auditiva disminuyera a causa de tantos años de explosiones, Vladimir delegó el “trabajo de campo” en manos de Piotr, su capataz de confianza, y construyó un galpón de altura comparable a la de algunas estaciones de ferrocarril, hecho con techos de chapa y gruesos pilotes de madera provenientes de árboles apenas desbastados; allí, cuando no tenía nada mejor que hacer, que era casi todas las veces, incursionaba en nuevos métodos de “descascamiento” de mamuts, que el fiel Piotr conseguía de acuerdo al sistema tradicional y que luego le remitía. Debido a las bajas temperaturas reinantes, aunque hubiese transcurrido un mes o más desde la extracción, en el momento del arribo los mamuts parecían recién sacados. Incluso largaban el humito propio del hielo seco.

Una vez recibido el material, Vladimir cincelaba los bloques hasta conseguir una leve aproximación zoomórfica al original, luego pasaba gruesas cadenas por los cuartos delanteros y traseros, y después, mediante un sistema neumomecánico de guinches, alzaba a la bestia iridiscente y la dejaba colgando a tres metros de altura. Una vez colgada cada presa, por medio de un fuelle descomunal conectado a un caldero de bronce le enviaba constantes bocanadas de aire caliente que iban chocando contra las paredes de hielo, sometidas a un movimiento de rotación uniforme. El resultado, si descontamos las asimetrías naturales, era que el hielo se

iba descongelando parejo; por supuesto, se trataba de un proceso que duraba semanas, durante las que el animal encerrado iba dando atisbos de su forma, dejando traslucir, de acuerdo a la diferencia de presión y densidad del hielo que lo rodeaba, su condición de bestia acechante o su tenuidad de fantasma; esta última se potenciaba sobre todo en las noches de luna, cuando el azul oscuro del cielo rebotaba sobre el azul profundo de las capas de hielo más antiguo; ese azul recortaba toda sombra y hacía bailar a aquellas bestias con la música delicada de las innumerables gotas de agua que rozaban el aire frío y se estrellaban contra el piso. Barro y espectros. El resultado de todo aquello, una vez concluido el descongelamiento, eran esas tumefactas masas peludas y malolientes que Vladimir destazaba y vendía sin perder ni un pedazo de hueso o de carne.

Al llegar a la casa de su padre, Frantisek fue derecho hacia el galpón. Siempre le habían impresionado esas moles, y esta vez le afectó aun más el hecho de verlas sometidas a aquella ingeniería. Ahora que ya no estaba obligado a acompañar al padre en sus trabajos, Frantisek, gracias a la distancia que proporciona el desarrollo de sus propias ocupaciones y a la contaminación emocional derivada de las expectativas del reencuentro, empezaba a descubrir que entre ambos existía un lazo aun más profundo que el generado por la sangre y el apellido. Más allá de la aparente diferencia de los respectivos intereses, bastaba con observar aquellas bestias suspendidas, sometidas a un proceso tal vez bárbaro pero sabio, a un concienzudo y parsimonioso ciclo de transformaciones, para comprender que, como él mismo, Vladimir nunca había aceptado las cosas tal y como estaban dadas. “También mi padre es un esclavo de la forma”, se dijo y sintió el impulso de correr y darle un abrazo. Claro que para eso primero había que encontrarlo. Gritó llamándolo. Su voz rebotó contra los techos y volvió amortiguada, pero nadie le contestó. Durante unos minutos, mientras seguía buscándolo a lo largo y a lo ancho del galpón, se entretuvo imaginando alguna explicación para aquella ausencia. Así como Vladimir había construido un laboratorio discreto pero visible para sus investigaciones de revelado de lo existente (la extracción de mamuts de entre la masa hiélica), era posible que además hubiese armado otro laboratorio, todavía más secreto y difícil de encontrar, donde se entregaría a una nueva clase de pruebas, quizá a reorganizar lo obtenido en combinaciones nunca imaginadas hasta el momento (una bestia de tres patas, cinco colmillos, un ojo, con la cola ridículamente pequeña brotándole como un bigote de la frente); combinaciones a las que luego, mediante técnicas desconocidas, insuflaría la vida. ¿Qué se podía hacer con aquellas cosas? Largarlas al mundo como golems malolientes para ver el efecto que producían...

Frantisek sonrió ante los desbordes de su fantasía. Sabía perfectamente que su padre poseía un espíritu demasiado práctico como para invertir su tiempo en jugar a ser un demiurgo... ¿Golems? ¡Esas cosas sólo las fabricaban los judíos! Pero, ¿dónde estaba Vladimir? Frantisek se frenó en seco. Una sospecha horrible, un frío que no venía sólo de los mamuts colgantes se deslizó en su cerebro: su padre estaba muerto. El pensamiento no era caprichoso, si bien la lógica asociativa que lo llevaba a esa conclusión tenía un rasgo enrarecido, un sistema de ligaduras propia del “capricho” musical. En el principio estaba la palabra “mamut”. En alguna zona recóndita del cerebro de Frantisek, esa palabra repiqueteaba por dos vías diferentes y desde tres idiomas en una sola dirección, una traducción única: “Mi madre”. En efecto: en castellano al menos, “mamut” debe separarse en dos sílabas, “ma” y “mut”. En

francés, “ma” es el pronombre posesivo “mi”, en tanto que fonéticamente “mut” suena igual que el sustantivo “Mutte” (“madre”) del alemán.¹ Y en algún sentido los mamuts habían sido y eran las madres de Frantisek, porque, convenientemente explotados por Vladimir, habían resultado su fuente nutricia. Por eso, al establecer la relación entre “mamut” y “mi madre”, de manera inevitable vinculó la temprana ausencia de ésta —muerta de fiebre tifoidea cuando él tenía unos pocos meses— con la de su propio padre; ahora bien, como él no tenía ningún recuerdo de esa muerte primera y de su propia paralela conversión en huérfano, ya que un ama de leches había sustituido de inmediato a la faltante, esta conexión sólo podía obrar de manera indirecta ya que la pobre madre no había llegado a constituirse en una entidad real para el hijo desamparado. Por lo tanto, el nexos mental que lo llevara súbitamente a pensar que Vladimir estaba muerto, no podía ser sólo y por sí mismo la palabra “mamut” (mi madre). La palabra que completó la pirueta fue “judíos”. Y para eso no hacía falta ninguna traducción: al pensar que su padre no podía hacer golems como los judíos —a quienes por aquella época las autoridades zaristas habían vedado toda actividad comercial—, lo que en realidad Frantisek pensó es que su padre no podía comportarse como un judío cualquiera. Si para la mentalidad infantil y primitiva —que son idénticas— todo padre es un dios, es decir, aquel a quien todo le es dado y a quien ninguna negación limita, en el relampagueante sistema asociativo de Frantisek no ser un judío cualquiera equivalía a ser el rey de los judíos: Cristo. El Mesías. Dios, el Único, el Ungido. ¿Y cómo había muerto Cristo? Crucificado. Entonces: Vladimir, que sustituyó a la madre de Frantisek —ma Mutte— al ocuparse de su subsistencia —mamut—, había sin embargo pasado toda su vida adorando sin saberlo a la ausente, celebrándola. Cada mamut rescatado del fondo de los lagos era un triunfo, si bien parcial, sobre el destino que tempranamente había arrancado a la esposa de su lado. Y al mejorar los sistemas de extracción, al perfeccionarlos hasta el infinito, lo que hizo fue construir la saga de los perecederos pero sucesivos monumentos que la evocaban. Y —aquí la conclusión del pensamiento, del horrible temor de Frantisek— luego de pasar su vida en esa celebración nostálgica y necrofilica, inmerso en la repetición compulsiva de una acción que no podía detenerse, Vladimir había decidido pasar al acto sentimental por excelencia, volviéndose uno con su amada y fundiéndose con ella. En ese punto, tener un destino “mamita”, es decir “mamut”, y terminar colgando de los ganchos, equivalía a ganarse un destino divino y morir crucificado como el rey de los judíos, es decir, el dios de los cristianos.

Por supuesto, una vez llegado a esta conclusión, Frantisek no iba a detenerse a reparar en las incongruencias lógicas y teológicas de su razonamiento. Las convicciones brotan del alma. Con los ojos repletos de lágrimas, elevó los ojos hacia el bajo cielo limitado por los techos de chapa y miró en todas las direcciones, buscando a su colgante padre muerto. Yo voy hacia ti, padre, y tú me abandonas. El repiqueteo de las gotas de agua había perdido ahora toda cualidad festiva, era el ploc fúnebre y reiterado de las terminaciones. Con los gusanos festoneando en los charcos, bañándose con esa lluvia.

—¡Padre! —gritó Frantisek y dejó caer la cabeza sobre el pecho, las rodillas sobre el barro.

Cuando alzó la cara, el propio Vladimir estaba frente a él. Si se trataba de un espectro, era uno notoriamente apegado a la reconstrucción realista de los períodos

de la vida: estaba más gordo, casi calvo, con la barba negra salpicada de canas, la nariz de alcohólico surcada de venas, y definitivamente más viejo. De su hombro colgaba un atado de avutardas muertas; Vladimir volvía de caza.

—¡Hijo! —dijo y se agachó y levantó a Frantisek y lo sometió a todas las muestras de la efusividad rusa: un abrazo para descoyuntarlo, un beso sonoro y húmedo en la boca, un frote de narices (importado de los esquimales), un puñetazo amistoso en el pecho y una serie de pellizcos y retorcijones de mejillas, acompañado de la frase típica:

—¡Proshe pañe! ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Mi hijo, luz de mis ojos, extracto de mis testículos, el adorado, nunca olvidado...

—Sí, tu Frantisek —lo ayudó el aludido, conocedor de que en esos momentos de emoción y en tantos otros, Vladimir sufría de momentáneas lagunas que le impedían recordar su nombre.

—¡Bozhe moi! ¿Crees acaso que soy un rufián de- salmado que ya no conoce ni a los frutos de su propia sangre? —Y estirando el brazo trató de abarcar sus dominios y terminó apuntando con un dedo al mamut más cercano—: ¿Y? ¿Qué te parece? ¡Joyas de los abismos del tiempo! ¿Y? ¿Vuelves o no vuelves a vivir con tu pobre padre?

Para agasajar a su hijo, Vladimir organizó una cena que desde el comienzo amenazó con desembocar en una bacanal. Sobre la mesa de pino de Eslavonia había toda clase de manjares, nacionales y extranjeros. Entre las delicias locales, schmaltz, pepinos agridulces, kimmel broit, lisa ahumada; pastrom caliente y jugoso, de bordes ribeteados con pimienta roja; ácido chucrut recién extraído de barriles de madera, pléztalaj, bolitas de queso blanco con cebollitas de verdeo o con páprika, smétena fresca, salchichón de pato, salchichas debrecziner, sprätn ahumadas del Báltico, gordos y resbalosos úlikes, leberwuscht caliente y apenas amargo, relleno con aceitunas negras y nueces. Y del resto del mundo: jalvá griego, vodka polaca, bacalao noruego, slivovitz checa, guindado uruguayo, anchoas portuguesas, sardinas dinamarquesas...

Sofocado por el calor de los leños que se quemaban en la chimenea, inundado por el perfume de la comida y el olor de los cuerpos de la servidumbre que se acercaba para llenarle la copa y cambiarle los platos, Frantisek no podía menos que preguntarse por qué lo más cercano en el mundo, lo más íntimo y entrañable, tenía que resultarle siempre extraño. Su padre se desvivía por él, y él no podía menos que percibir el efecto involuntario y devastador del abismo que los separaba. De hecho, comprendió, se había ido a vivir lejos de Vladimir no para construir una vida hecha a la medida de sus propias necesidades, sino para recuperar, por la vía de la distancia y gracias al efecto ennoblecedor del tiempo, un sentimiento de amor filial que la proximidad le había negado. “Soy una basura”, pensó Frantisek y al compadecerse a sí mismo olvidó otra vez a su padre, que monologaba a su lado:

—¡Qué alegría verte, hijo! No te esperaba. ¿De qué podemos hablar, a ver? Temas. El gobierno. Una banda de ladrones, salvo nuestro padrecito el Zar, que no está enterado de nada. Me da mucho miedo el destino de nuestra Santa Rusia. ¿Vas a los oficios religiosos? ¿No? Una pena. En fin. ¿A qué te dedicas, últimamente? ¿No

quieres hablar de eso? Mejor. Trabajo es igual a problemas y ahora debemos divertirnos.

Vladimir dio dos palmadas:

—¡Música y baile! —gritó.

Del lado izquierdo de la galería, el clásico: dos viejos barbudos, con gorros de piel, casaca de seda, pantalones amplios y botas, entraron saltando y chillando “¡oy, oy, oy!”, mientras hacían sonar el acordeón y la balalaika. Del lado derecho, primero el piecito, después el rosáceo tobillo, las gruesas pantorrillas, el muslo jamonáceo y, finalmente, el resto del cuerpo de la primera de las cinco Gracias vestidas con túnicas transparentes que permitían ver a la perfección el pesado pendular de las glándulas mamarias. Vladimir codeó a Frantisek:

—Puedes quedarte con la gorda que quieras. Con dos o tres, inclusive. Por supuesto, a veces me calientan la cama. No digo que sean limpias, pero te garantizo que todas son cariñosas, no sé si me comprendes —codazo alusivo—. En caso de feliz coincidencia, bien podré decir dentro de nueve meses que soy el abuelo de mi nuevo hijo o el padre de mi nieto. ¿No? ¿No quieres? ¿En serio te preocupan esas minucias? ¿No serás...? Ah, tienes una purga. Qué suerte para la desgracia. De todos modos, no creo que ninguna de ellas sea de lo más sanita. Plaga con plaga se neutraliza. En tu lugar, yo no desdeñaría darlas vuelta y con un poco de aceite de fresno o de manteca de cabra probar por ejemplo...

Mientras Vladimir se explayaba en una suerte de oda alcohólica sobre los encantos de sus criaturas, una de ellas —corona de laurel en la frente, párpado caído sobre la esclerótica nimbada por las cataratas— declamaba:

Pródigo hijo, hijo pródigo
Querido hijo, hijo varón
En las estepas me pierdo
A casa del Padre voy

Poema de rima asonante. Autor ruso anónimo.

En el curso de la noche, y ayudados por las libaciones, Frantisek y su padre lograron un remedo de comunión primordial. El hijo pudo confiarle al padre el secreto y los motivos de su crisis y el padre prometió acompañarlo en su peregrinación en procura de la palabra de Afasia Atanasief. Reconfortado por esa promesa, Frantisek se fue a dormir lo más temprano que pudo y dejó a Vladimir entregado a todos los excesos de la despedida. Pero a media mañana, cuando fue a despertarlo para partir, se dio cuenta de que su padre estaba completamente impedido de realizar cualquier movimiento. De hecho, el vigoroso pero ya maduro Vladimir se pasó veinticinco minutos diciendo:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¡Arañas! ¡Sáquenme estas porquerías de encima! —y recién a la media hora pudo reconocerlo.

El trineo estaba alistado, los perros ladraban. A lo lejos, en el horizonte, se veían nubes negras que aumentaban de tamaño. El viento torcía en noventa grados las copas de los árboles. Era hora de partir. Sin embargo, Frantisek tenía una pregunta:

—Padre, ¿cómo era mamá?

Vladimir hizo un esfuerzo, se frotó los ojos, buscó entre la última telaraña del arcón de los recuerdos...

—¿Cintila Alexeievna? —Preguntó con voz atezada por el dolor o la rabia—. ¿Cómo era Cintila? —dijo. Y en vez de tener la piedad o la decencia de decir “fue una gran mujer”, o “fue el gran amor de mi vida”, o, siquiera, “ya no me acuerdo”, Vladimir exclamó—: ¡Tu madre era una bestia insoportable! ¿Qué quieres, que te cuente o que te mienta? Me hacía la vida imposible. Con ella yo no era dueño de mi propia casa. Tenía que sacarme las botas embarradas, usar patines, la bebida estaba racionada... Me despreciaba. ¡Había que tolerar a esa liendre, a ese renacuajo escuálido! Se creía la gran cosa. Como si hubiera tenido un gran destino escrito de antemano... Esa puta polaca...

—Adiós, papá...

—¿Adiós? Escucha, hijo... Cuando yo me enfermaba, tu madre, esa santa, me decía: “Perro piojoso, ¿cuándo tendrás la decencia de morirte?”. ¿Sabes por qué te llamas Frantisek? Porque el amante de tu abuela materna se llamaba así. Yo quise ponerte otro nombre, un nombre verdaderamente ruso. Pero no. Ella insistió, insistió, y ahí tienes, ¿ves? Un nombre polish. ¡Vergüenza! ¿Por qué Frantisek y no Volodia o Piotr o Alexei, eh? ¿Y qué hubiera tenido de malo que te llamaras como tu padre, eh? ¿O no es un bonito nombre, Vladimir? Lo peor de esa mujer es que nunca me quiso. ¡Frantisek! Escucha... ¿Adónde vas? ¡Nunca, ni por un minuto me amó, tu madre! ¿Escuchas? ¡Hijo...!

Frantisek se subió de un salto a su trineo. Belleza incidental de los páramos. El frente de tormenta lo persiguió durante tres días y se disolvió en lluvia y granizo ante las puertas mismas de Murmansk. Como un signo de buen augurio, sobre el pueblo se extendía el manso milagro de una aurora boreal. Frantisek no tardó en averiguar la dirección donde atendía Afasia Atanasief. Era una casa modesta pero espaciosa, justo frente al mar de Barents. Sobre el frontispicio, una leyenda ya despintada alentaba: “Aquí todo sufrimiento se detiene”.

Frantisek ingresó a una especie de sala; había una buena cantidad de personas, todas miserables, en la típica actitud piadosa (cabeza inclinada, manos dispuestas en plegaria). El recién llegado se inclinó sobre el paciente que tenía más cerca y le preguntó si había que esperar mucho. Con asombro, el otro le contestó: “Por lo común, días”. “Dios mío”, pensó Frantisek, y se quedó dormido.

Al abrir los ojos advirtió que insensiblemente se había trasladado a otro cuarto. Estaba en una habitación vacía, si se exceptuaba un par de sillas, un escritorio, y un hombre de mediana edad que lo observaba en silencio. Frantisek sintió la intensidad y el brillo de esa mirada que le escrutaba hasta el alma. Su vida era una madeja que devanaba la mente de aquel hombre.

—Yo... —se explicó—. Vine hasta aquí...

—No hace falta que me explique nada —dijo el otro y sirvió un brebaje cargado en una tacita cascada—. Tei mit limene.

—Sí, gracias —dijo Frantisek, distraído, emocionado. Sorbió, se quemó. “No hace falta que me explique nada”. ¡Cuánta sabiduría en siete palabras! Sin embargo, él tenía necesidad de expresarse, de justificarse. Dejó la tacita a un costado y habló:

—Quisiera averiguar los motivos de mi crisis —dijo—. Esto requiere de alguna clase de preámbulo —Frantisek esperó unos segundos a que el otro le dijera “adelante”, o “continúe”, o al menos “ahá”. Pero su interlocutor permaneció en silencio.